

*XXII CERTAMEN DE CUENTOS "VILLA DE MORALEJA"*

*El pasodoble*

Seudónimo: Anaida Gudos

Que la Puri quisiera celebrar sus bodas de oro fue la gran noticia de la tarde, aunque de sobra sabíamos todas las amigas que semejante iniciativa no podía proceder de una mente tan corta como la suya, sino que habría sido copiado de algún famoso de los programas de cotilleos de los que es asidua seguidora. La tontuna llegó a su límite cuando nos confesó la ilusión que le hacía pasar de nuevo por el altar vestida de blanco. Ahí es nada, como si fuese virgen, después de haber parido tres hijos y con ese cuerpo acolchado de michelines colgantes y fofós. Estaba tan entusiasmada que en un inesperado aumento de desvarío se le ocurrió que también debería celebrar la despedida de soltera. Las más prudentes guardaron silencio, otras aplaudieron la idea, y a mí se me aflojaron hasta las medias.

- *Mira, eso sí que no* –le dije, y me quedé tan pancha.
- *Claro, es normal que no lo entiendas, a lo mejor es un poquito de envidia, soltera y casta como has pasado toda tu vida.*

Me dejó seca, fue un golpe bajo de esos que no te esperas y me carcomí la lengua por no liarla, porque podrá hablar ella que enganchó al primero que le dijo guapa desde un andamio, mientras que yo todavía sigo recibiendo ofertas provechosas, que un empleado de ayuntamiento aunque sea jubilado tiene un prestigio y una buena paga, y si le dije que no fue porque a estas alturas no tengo ganas de aguantar suegra.

Con los preparativos a la Puri se le dispararon los nervios, la tensión y hasta el ácido úrico, mientras por teléfono en unos pesadísimos monólogos iba contando los pormenores. Hasta que finalmente fuimos convocadas, con invitación escrita muy historiada y barroca, a su despedida de soltera. Y allá que fuimos las de siempre, las amigas de la brisca de los jueves, al piso de su hija soltera que según nos dijo se

encontraba fuera en un viaje de negocios; y es que es simple hasta para echar mentiras, porque yo sé de buena lengua que estaba en Marbella trabajando en una pizzería.

Por dárselas de moderna nos preparó una sorpresa; había contratado por internet – esa es otra, que está picadita con el ordenador y debe tener su casa hecha una pocilga-, pero a lo que iba, contrató a un rufián que se presentó disfrazado de bombero y perdió el resuello al ver a un público femenino tan selecto, algunas con carnet de identidad anteriores a la Edad Media. ¡Menudo sofoco! Cuando se quedó en calzoncillos parecía de porcelana y le temblaba hasta la pelusilla de las pantorrillas, como si nos tuviese miedo. En fin, un cuadro; total para pasar el resto de la velada jugando a las cartas con aquel zagalillo, regañándole por dejar los estudios y hacer sufrir a su madre y a su abuela, mientras nos atiborrábamos de pastitas de té y vinito dulce, con lo que eso sube el azúcar.

Un mes después de aquel desafortunado evento, todo dispuesto para dar capricho a la novia, se celebró la boda con un postín exagerado: damas de honor llevándole la cola; su media docena de nietos acicalados como seises con traje antiguo de seda azul y blanca, tropezando y pisándose las sayas; el altar con más flores que la Virgen del Pilar el día de la ofrenda; homilía interminable con frases monótonas recalcando que aquello era para toda la vida. El único sensato en aquella familia de locos desmesurados resultó ser el padrino, ese yerno suyo republicano de pelos largos, que renegaba cuando tuvo que soltarle al cura ciento cincuenta euros de donativo obligatorio, supongo que para los negritos de la china.

En la puerta de la iglesia les tiramos el arroz. Fue instintivo, de esas cosas que te salen del alma, el caso es que ante tanto despilfarro me pareció más útil lanzárselo empaquetado, y juro por Dios que mi intención era buena, pensé que lo aprovecharían

para hacer una paella, pero el novio resultó ser un blandengue y en lugar de agarrarlo al vuelo, al impacto de mi kilo de arroz en su cabeza se tambaleó como si bajo sus pies hubiese arenas movedizas.

Llegamos al restaurante en comitiva más de cien personas, la mayoría con dentaduras postizas y pastillas variadas, dispuestos a plantar cara al colesterol amagándose sin miramientos los entrantes y la pierna de cordero, y me consta que algunos hasta llevaban bolsas de plástico para empaquetar los langostinos de sobra.

Se inauguró el acto con un brindis muy refinado, que hubiese quedado redondo de no ser porque la Puri eligió para bailar un pasodoble pachanguero, de esos que se tocan en las ferias de los pueblos. Ya ves tú, ella y su Vicente después de cincuenta años juntos, muy agarraditos, mirándose a los ojos como si no se tuviesen bien vistos, bailando a cámara lenta. Pero a los vítores de viva los novios enseguida se envalentonaron y comenzaron a seguir la música con pasos largos mal cronometrados, piernas envueltas de negro y blanco enredándose, y aquellos dos cuerpos gira que te gira, entusiasmados, desafiando al reuma. Hasta que Vicente pisó el vestido de la novia, y allá que fueron los dos al suelo; la Puri luciendo sus enormes bragas con puntillas que le llegaban hasta el escote, mientras entre risas y aplausos intentaban levantarlos y el pasodoble seguía sonando, y la Puri chillando: ¡que no me toquen!, ¡que me he partío!

Y no fueron exageraciones tuyas, que la pobrecita pasó la noche de boda en urgencias, y la luna de miel recuperándose de la cadera rota.